

Jehová llama a Ezequiel (segunda parte)

LA COMISIÓN ES DADA (CONTINUACIÓN) (2.1—3.11)

«Come el rollo» (Continuación) (2.8—3.3)

3.1–3

¹Me dijo: Hijo de hombre, come lo que hallas; come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel. ²Y abrí mi boca, y me hizo comer aquel rollo. ³Y me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu vientre, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel.

Versículo 1. Entre 2.10 y 3.1, no debió hacerse distinción de capítulo, pues se continúa con la misma idea. Después que se le ofreció el rollo, a Ezequiel se le dijo: «... **come lo que hallas**». No importaba si le parecía apetitoso o no. Era una tarea sencilla: debía comer lo que hallara —en el estado en que se encontraba— y *luego* ir a **hablar** el mensaje. Uno no debe emprender la tarea de predicar la Palabra de Dios sin haber digerido primero el mensaje. Es mucho daño el que se ha hecho a la verdad por parte de hombres poco aptos e ignorantes (vea 2ª Pedro 3.15–16).

Versículos 2–3. La Palabra de Dios es **dulce** (vers.º 3; Salmos 19.10; 119.103). Esto significa que la Palabra de Dios es siempre buena, aun cuando es un mensaje de «endechas y lamentaciones y ayes» (2.10). Ralph H. Alexander explicó que «esta no era una nota gozosa con la cual comenzar. Pero incluso cuando el ministerio pareciera difícil y desagradable, el Señor haría que su palabra fuera dulce como la miel (3.3; cf. Salmos 19.10; 119.103; Proverbios 16.24; 24.13–14; Jeremías 15.16)».¹ Del

¹ Ralph H. Alexander, “Ezekiel” («Ezequiel»), en *The Expositor’s Bible Commentary (El comentario bíblico del*

mismo modo que se le dijo a Juan en Apocalipsis 10.9, a Ezequiel se le dijo aquí que comiera el rollo.

Primero, se dio una comisión directa, ahora se daba una acción simbólica. ... Juan tiene la misma visión [Apocalipsis 10.8–10], pero allí se expresa lo que aquí se deja para ser inferido, [concretamente,] que *tan pronto como lo hubo comido, su estómago se agrió*. La dulzura en la boca denotaba que era bueno ser mensajero del Señor..., pero la amargura que le acompañaba, denotaba que la comisión conllevaba mucha aflicción.²

Esto ilustra cómo a los profetas de Dios se les responsabilizaba de hacer que el mensaje formara parte de ellos mismos, al llevarlos muy profundamente dentro de sí mismos. En Jeremías 20.9, el mensaje era un fuego ardiente que estaba metido en los huesos del profeta. Un predicador fiel no puede separarse de la Palabra. Es parte de su vida, parte de su pensamiento.

«Da mi mensaje» (3.4–11)

3.4–7

⁴Luego me dijo: Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel, y habla a ellos con mis palabras. ⁵Porque no eres enviado a pueblo de habla profunda ni de lengua difícil, sino a la casa de Israel. ⁶No a muchos pueblos de habla profunda ni de lengua difícil, cuyas palabras no entiendas; y si a ellos te enviara, ellos te oyeran. ⁷Mas la casa de Israel no te querrá oír, porque no me quiere oír a

expositor), ed. Frank E. Gaebelin (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1986), 6:763.

² Albert Barnes, *The Bible Commentary: Proverbs to Ezekiel (El comentario bíblico: Proverbios a Ezequiel)*, Barnes’ Notes, ed. F. C. Cook, abr. y ed. J. M. Fuller (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1983), 312.

mí; porque toda la casa de Israel es dura de frente y obstinada de corazón.

Versículo 4. La expresión **la casa de Israel** se refiere a todos los israelitas, tanto a las diez tribus del norte como a las dos del sur. La misión de Ezequiel era para todos los «hijos de Israel» (vea 2.3). Segundo de Crónicas 30 especifica que un número de israelitas del reino del norte se había mudado a Judá. La idea dispensacionalista de las «diez tribus perdidas» carece de apoyo bíblico. En este capítulo hallamos que el pueblo de Aser, Manasés, Zabulón, Efraín e Isacar estaban viviendo en el reino del sur. Esto también explica cómo Ana, en Lucas 2.36, podía conocer que ella era de la tribu de Aser (vea Hechos 26.7).

El versículo 4 provee la definición básica de predicar: **ve**, el predicador es alguien que es enviado (Romanos 10.14–15); **habla**, predicar requiere que el hombre de Dios haga audible el mensaje; en cuanto a la expresión **mis palabras**, no se puede considerar verdadera una prédica, a menos que sea la Palabra de Dios la que se predique (vea 2ª Timoteo 4.2).

Versículos 5–6. Cuando Ezequiel comenzó su ministerio, él no se encontró con algunas de las dificultades que frecuentemente se relacionan con el trabajo misionero. Dios hizo notar que no era a un pueblo **de habla profunda** que se le estaba enviando (vers.^{os} 5–6a), que literalmente significa «profundidad de labio». Esta frase se encuentra solamente aquí y en Isaías 33.19, donde se refiere a pueblos extranjeros que hablan un idioma que no puede entenderse. La siguiente frase, **lengua difícil**, fue usada por Moisés (Éxodo 4.10), que se consideraba poco apto como vocero de Dios; tal vez él no hablaba con fluidez ni con elocuencia. Ezequiel estaba siendo enviado a su propio pueblo. Él hablaba un idioma conocido para ellos. Esto hacía más fácil la comisión para Ezequiel, pero también imponía una mayor responsabilidad sobre **la casa de Israel** (vers.^o 6b). Ellos no tenían excusa; no podían alegar que habrían obedecido el mensaje si lo hubieran entendido. Por lo tanto, Dios dijo que ellos **debían oír**³ a Ezequiel. Demasiado a menudo, los predicadores dan por sentado que por el solo hecho de que ellos prediquen la Palabra, la gente oirá. «Deben» escuchar, pero no todos escuchan. Los que rehúsan escuchar tendrán que dar cuenta.

La NKJV brinda una traducción alternativa del versículo 6b, la cual también se presenta en un pie

³ N. del T.: En la Reina-Valera se lee: **ellos te oyeran.**

de página de algunas impresiones de la NASB: «y si a ellos te enviara, ellos te oyeran». Dios dijo que si Ezequiel hubiera predicado a las naciones que le rodeaban, ellas habrían oído el mensaje, aunque proviniera de un «Dios extranjero» (Yahvé). En cambio Israel, que debía haber oído, no oía. En la NIV se traduce la aseveración de este modo: «No hay duda de que si te hubiera enviado a ellos, te hubieran oído».

Versículo 7. Dios reveló a Ezequiel la dura realidad: El pueblo **no estaría dispuesto a escuchar**. Por toda la Biblia, y especialmente en el evangelio de Juan, es evidente que el pueblo tenía que estar predispuesto a oír. Pablo dijo que «el amor de la verdad» es necesario para ser salvo (2ª Tesalonicenses 2.10). Dios no obliga a nadie a recibir la verdad. Del mismo modo que Ezequiel estuvo dispuesto a «[abrir su] boca» (3.2) para recibir la palabra de Dios, también la gente de hoy debe estar dispuesta a conocer la verdad. Todo estudiante de la Biblia debería preguntarse: «¿Soy yo receptivo a la verdad? ¿Estoy yo dispuesto a cuestionarme las creencias que he tenido anteriormente, cuando ellas entran en conflicto con la Palabra inspirada de Dios?».

Debemos evitar encontrarnos en la misma situación de los que se mencionan en Romanos 10.2: «Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia», o en Oseas 4.6a: «Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento». Jesús enseñó que la única manera de ser libre era *conocer* la verdad (Juan 8.32). ¿Por qué Israel rehusó oír? Era **dura de frente y obstinada de corazón** (vea Isaías 48.4; Jeremías 3.3). Estos lamentables atributos explicaron a Ezequiel la razón por la que su mensaje sería rechazado. No era que se rechazaría al profeta personalmente. El pueblo, decía Dios, **no me quiere oír a mí**. A lo largo de las edades, Dios había hablado a ellos por medio de otros profetas, pero también obtuvo los mismos resultados (vea Mateo 5.12; Juan 15.18–20).

3.8–11

⁸He aquí yo he hecho tu rostro fuerte contra los rostros de ellos, y tu frente fuerte contra sus frentes. ⁹Como diamante, más fuerte que pedernal he hecho tu frente; no los temas, ni tengas miedo delante de ellos, porque son casa rebelde. ¹⁰Y me dijo: Hijo de hombre, toma en tu corazón todas mis palabras que yo te hablaré, y oye con tus oídos. ¹¹Y ve y entra a los cautivos, a los hijos de tu pueblo, y háblales y diles: Así ha dicho Jehová el Señor; escuchen, o dejen de escuchar.

Versículos 8–9. ¿Cómo prepararía Dios a Su profeta para arreglárselas con un pueblo tan obstinado? Él planeaba hacer su **rostro fuerte contra los rostros de ellos** (vers.º 8; vea Jeremías 1.18).

La palabra «fuerte» (צִיָּו, *chazaq*) se repite en el versículo 9. Este es un juego de palabras con el nombre de Ezequiel, que significa: «Dios fortalece o hace fuerte». De hecho, Dios fortalecería a Ezequiel para la difícil tarea que esperaba a este, que había de llegar a ser el «más fuerte» de todos los predicadores. No nos vendrían mal algunos de estos hoy, en contraste con los predicadores que alivian la «comezón de oír», cuyas prédicas son a menudo de mayor aceptación (2ª Timoteo 4.3–4).

La frente de Ezequiel sería hecha **como diamante más fuerte que pedernal** (vers.º 9). La palabra que se traduce por «diamante» es usada aquí metafóricamente para representar algo extremadamente duro, como el diamante que se usa para cortar pedernal (vea Jeremías 17.1). En la medida que la firmeza de Ezequiel fuera como la del diamante, él podía traspasar los endurecidos corazones del pueblo.

Parece triste que Dios tuviera que endurecer de tal manera al profeta, pero el pueblo era tan **rebelde** que fue necesario tomar medidas extremas para llegarles. Esta filosofía entra en marcado contraste con el mundo religioso de hoy, en el cual la palabra clave es «tolerancia». Solo hay *una* manera y *una* verdad. Esta estrechez de miras es poco aceptada hoy, pero hay que tomar en cuenta que ser «llevados por doquiera de todo viento de doctrina» es contrario al plan de Dios (Efesios 4.14).

Versículo 10. Dios deseaba que Ezequiel llevara Su mensaje en el **corazón** de él (vea Job 22.22). El profeta de Dios necesitaba cultivar amor por Su palabra. La verdad llega a ser parte del que la enseña, definiendo quién es él, su carácter y el propósito de su vida. Dios deseaba que **todas** Sus palabras fueran tomadas por Ezequiel. El predicador no puede ponerse a escoger cuáles de las leyes de Dios ha de predicar y obedecer. La verdadera devoción a Dios exige atención a todos Sus mandamientos (vea Mateo 23.23). Cuando Jeremías quiso dejar de predicar (Jeremías 20.9), su *corazón* no se lo permitió, porque la palabra de Dios estaba en su corazón.

Versículo 11. Si bien puede ser que no haya una clara diferencia de significado entre «hablar» y «decir», lo que Dios dijo, fue claro, cuando dijo a Ezequiel: **«háblales y díles»**. Dios deseaba que Ezequiel comunicara decisiva y constantemente Su palabra. Aunque Ezequiel fuera rechazado, él había de predicar, **escuchen, o dejen de escuchar**.

Esta frase ha sido usada ya tres veces, en 2.5, 7 y 3.11. El poder del mensaje del profeta se encuentra en las palabras de inicio: «Así ha dicho Jehová el Señor».

Ezequiel debe, por lo tanto, ir y proclamar el mensaje de Dios, de modo fiel, habilidoso y valiente. Moshe Greenburg escribió:

... esta es una revelación del interés de Dios por Su pueblo, aun cuando el contenido de su mensaje sea de ira y condenación. En su ira por el mal proceder de ellos, él no los abandona, sino que envía repetidas advertencias de la desdicha que les ha de sobrevenir; este constante tema de Jeremías (7.25; 25.4; 26.5; 35.15; 44.4) es elaborado en 2º Crónicas 36.15: «Y Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación». Aun cuando la esperanza de evitar la desgracia es reducida, todavía se envía un profeta, para que después el pueblo se entere de que entre ellos hubo profeta, esto es, que Dios les había advertido a tiempo; no fue por falta de consideración de parte de él sino por la desatención de ellos, que se produjo su caída.⁴

INSTRUCCIONES ACERCA DE SU MINISTERIO (3.12–27)

«Ve a Babilonia» (3.12–15)

¹²Y me levantó el Espíritu, y oí detrás de mí una voz de gran estruendo, que decía: Bendita sea la gloria de Jehová desde su lugar. ¹³Oí también el sonido de las alas de los seres vivientes que se juntaban la una con la otra, y el sonido de las ruedas delante de ellos, y sonido de gran estruendo. ¹⁴Me levantó, pues, el Espíritu, y me tomé; y fui en amargura, en la indignación de mi espíritu, pero la mano de Jehová era fuerte sobre mí. ¹⁵Y vine a los cautivos en Tel-abib, que moraban junto al río Quebar, y me senté donde ellos estaban sentados, y allí permanecí siete días atónito entre ellos.

Versículos 12–13. Ezequiel había recibido su comisión. Ahora **el Espíritu** (vers.º 12) que llenaba y fortalecía a Ezequiel lo transportaba al lugar de su ministerio. Era el momento de ponerse a trabajar. Mientras tanto, a Ezequiel se le daba otro vislumbre de la maravillosa visión del capítulo 1, que presentaba a **los seres vivientes** y el ensor-

⁴ Moshe Greenberg, *Ezekiel 1–20: A New Translation with Introduction and Commentary* (Ezequiel 1–20: Una nueva traducción con introducción y comentario), The Anchor Bible, vol. 22 (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1983), 75.

decedor sonido de poder. No es de extrañar que el sonido que había detrás de él clamara diciendo: «**Bendita sea la gloria de Jehová desde su lugar**». El lugar donde el Señor se reveló en la visión, con la expansión, el trono y todos los gloriosos detalles, constituye un poderoso recordatorio de la «gloria» de Dios.

Versículo 14. Ezequiel fue **en amargura, en la indignación de [su] espíritu**. Esto podría referirse tanto a su justa indignación por la pecaminosidad del pueblo como a su indignación por habersele asignado un caso tan perdido. Jeremías experimentó algunas veces tales sentimientos (vea Jeremías 20.7–10). Parece que la primera posibilidad es la más acertada: como resultado de la visión celestial, Ezequiel era ahora partícipe de la justa indignación de Dios. Él emprendió su ministerio con un corazón lleno de «indignación» por el hecho de que este pueblo, *su* pueblo, podía ser tan obstinado y tan rebelde contra el único y verdadero Dios. Sus iguales israelitas se burlarían de él y lo perseguirían; incluso los amigos y los familiares lo rechazarían junto con su mensaje. A pesar de esto, **la mano de Jehová** brindaba las fuerzas que Ezequiel necesitaba para proseguir.

Versículo 15. Después que llegó al lugar donde vivían los cautivos, Ezequiel se sentó allí durante **siete días**. Podría ser que Dios concedió a Ezequiel este período para que se acostumbrara a su función de profeta. Lo más probable es que Dios deseaba que él obtuviera una medida acertada de la condición espiritual y emocional del pueblo. Todo ministro necesita entender al pueblo para poder identificarse con ellos y predicarles un mensaje que los conmueva allí donde se encuentran.

El Espíritu llevó a Ezequiel a **Tel-abib**, que era la ubicación del asentamiento judío que estaba junto al **río Quebar** en Babilonia. «Tel-abib» significa «el montículo del diluvio» en caldeo, «el montículo de las mazorcas de grano» en hebreo, y «montón de arena» o «montón de piedra» en asirio.

Ezequiel se sentó en este lugar **atónito** entre sus paisanos. La palabra hebrea (תִּשְׁמַם, de la raíz שָׁמַם, *shamem*) es un participio hiphil y significa «estar desolado, estupefacto... con expresión de horror».⁵ En la NRSV parece consignarse la mejor traducción: «Y me senté entre ellos, consternado,

durante siete días». Lo anterior describe, entonces, la condición de Ezequiel en medio de los cautivos. Él estaba «abrumado, agobiado bajo el peso de una mezcla de horror y de asombro por lo que había visto y oído».⁶

«Sé atalaya» (3.16–21)

¹⁶Y aconteció que al cabo de los siete días vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¹⁷Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. ¹⁸Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablases, para que el impío sea apercebido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. ¹⁹Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma. ²⁰Si el justo se apartare de su justicia e hiciere maldad, y pusiere yo tropiezo delante de él, él morirá, porque tú no le amonestaste; en su pecado morirá, y sus justicias que había hecho no vendrán en memoria; pero su sangre demandaré de tu mano. ²¹Pero si al justo amonestares para que no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fue amonestado; y tú habrás librado tu alma.

Versículos 16–17. La frase **palabra de Jehová** aparece sesenta veces en este libro. Anteriormente, Dios había comisionado a Ezequiel para predicar únicamente Su palabra (3.4). Ahora Ezequiel recibía esa palabra. No obstante, el mensaje inicial no fue tanto un mensaje a ser predicado, sino una advertencia relacionada con su responsabilidad como profeta. Dios lo consideraba un **atalaya**. La imagen se aplica a menudo a profetas de Dios (vea Isaías 52.8; 56.10; 62.6; Jeremías 6.17; Oseas 9.8; Miqueas 7.4). Los atalayas, apostados en lugares estratégicos sobre los muros de la ciudad, se mantenían atentos a peligros inminentes. Constituían el sistema de seguridad de la ciudad. Cuando estos vigilantes veían peligro, ellos debían advertir al pueblo de inmediato, con el fin de que pudieran prepararse para el peligro. La aplicación como figura del profeta es poderosa. Este estaba encargado de mantenerse alerta a la palabra de Dios para luego hacer consciente al

⁵ Francis Brown, S. R. Driver, y Charles A. Briggs, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament (Léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento)* (Oxford: Clarendon Press, 1972), 1030–31.

⁶ John B. Taylor, *Ezekiel: An Introduction and Commentary (Ezequiel: Introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1969), 67.

pueblo del peligro de la desobediencia. Debía **amonestarlos** en cuanto a las consecuencias del pecado y el inevitable juicio de Dios si continuaban desatendiendo Su voluntad. La verdad a ser aprendida aquí es que Dios es el verdadero atalaya. Sus profetas solamente funcionan como siervos del verdadero atalaya.

Versículo 18. «**Cuando yo dijere...**». El pueblo necesitaba oír a Ezequiel porque era Dios quien estaba hablando, y no Ezequiel. Él no estaba hablando de sus propias ideas, ni por voluntad propia, como hablaban los falsos profetas que le rodeaban. Cuando el Todopoderoso dijo que los inicuos morirían, encargó al profeta la tarea de **amonestarlos, para que el impío** [fuera] **apercibido**. Estas dos frases indican que se esperaba del profeta que él levantara su voz, esto es, que predicara el mensaje, con un apremio cada vez mayor con el paso del tiempo. La amonestación que se daba era esta: «**De cierto morirás**». Mientras los falsos atalayas (profetas) a menudo declaraban un mensaje de paz (Jeremías 6.14; 8.11), el verdadero profeta debía explicar la triste realidad. No había manera de escapar de la muerte. El oidor engañado [moriría] **por su maldad**, aun si el atalaya no le amonestaba.

Dios esperaba que Su atalaya advirtiera en cuanto a peligros venideros. Si él fracasaba en esa tarea, Dios lo hacía responsable de la destrucción que seguiría. En tal caso, el atalaya sería culpable de no obedecer un mandamiento de Dios, y la desobediencia resulta en muerte.⁷ En este contexto, «morirá» se refiere solamente a muerte física. Alexander escribió:

En este contexto, «vida» y «muerte» deben entenderse como vida y muerte físicas, no eternas. El concepto de muerte en el pacto mosaico es primordialmente físico. El pacto mosaico fue dado para guiar a los que ya habían entrado en una relación con Dios por la fe (Levítico 18.5; Deuteronomio 4.37–40; cap. 6; 7.6–11; 10.15–17; 30.15–20). Los hebreos podían vivir justa y libremente por medio de guardar estos mandamientos (Levítico 18.5; Deuteronomio 16.20; cf. Juan 14.15). Pero si ellos desobedecían, el resultado normal era la muerte física, que daba paso a una breve vida.⁸

Predicar la Palabra de Dios no es asunto liviano. Es una responsabilidad sumamente grande, y el atalaya debe ser fiel al encargo que se le ha dado.⁹

⁷ Veá Génesis 9.5–6; Jueces 9.24; 2° Samuel 4.5–12; Hechos 18.6; 20.26; Salmos 37.35–36; 55.23; Proverbios 10.27; 1ª Juan 5.16.

⁸ Alexander, 766.

⁹ Greenberg tradujo el versículo de este modo:

Ezequiel había de amonestar a toda la «casa de Israel» (vers.º 17; 33.7). Al usar el singular «casa», Dios no estaba diciendo que Ezequiel tenía que amonestar a cada uno en particular. Estaba aclarando el principio que se encuentra en la lección del atalaya que se encuentra en 33.2–6.

Versículo 19. La tarea del profeta consistía en *amonestar, levantar la voz para advertir, con el fin de evitar la muerte* de los condenados. Si no cumplía con la tarea, él perdería su propia vida.¹⁰ Si el **impío** era amonestado pero no respondía a la amonestación, **él** [moriría] **por su maldad**. Un hombre que siguiera en su impiedad, fuera amonestado o no, moriría por causa de su impiedad. No obstante, al fiel profeta que hubiera amonestado al culpable, Dios le decía: «**tú habrás librado tu alma**».

Dios ya había dicho a Ezequiel que el pueblo era obstinado y rebelde y que ellos no lo oirían. El pasaje muestra cómo Dios aseguraba a Ezequiel que a él no se le responsabilizaría de la desobediencia de ellos al mensaje. El predicador no es responsable de que el mensaje sea rechazado o aceptado. Solo es responsable de la proclamación de ese mensaje. Esto guarda paralelo con lo que el Señor dijo en Jeremías 6.17:

Puse también sobre vosotros atalayas, que dijese: Escuchad al sonido de la trompeta. Y dijeron ellos: No escucharemos.

Versículo 20. Ahora las responsabilidades del atalaya son ampliadas. También se espera de él que amoneste al **justo** [si este] **se apartare de su justicia**. Dios no desea que ninguno perezca (18.23, 32; 2ª Pedro 3.9; 1ª Timoteo 2.4); pero si algunos se vuelven de en pos de Él, entonces Él permitirá que lo hagan (2ª Tesalonicenses 2.9–12; 1º Reyes 22.22; Romanos 1.24, 26, 28). Él incluso pondrá **tropiezo**:

Aunque esta es una traducción convencional de [la palabra hebrea] *miksol*, aquí el significado se acerca más a «calamidad», esto es, no una ocasión para pecar, sino una causa de caída y ruina. Cf. Jeremías 6.21: «He aquí yo pongo a este pueblo tropiezos (esto es, calamidades por las que serán destruidos), y caerán en ellos los padres y los hijos juntamente; el vecino y su compañero perecerán».¹¹

Una verdad bíblica que se repite a menudo es

«Cuando yo digo a un inicuo: “Morirás”, y no le adviertes, no levantas la voz para prevenir al inicuo contra su curso inicuo, de modo que se mantenga vivo, él, [el] inicuo, morirá por su iniquidad, pero te haré responsable de su muerte» (Greenberg, 82).

¹⁰ *Ibíd.*, 87.

¹¹ *Ibíd.*, 85.

que cuando uno no está buscando hacer lo correcto, sino que desea hacer y creer lo que es incorrecto, entonces Dios le ayudará en su camino a la destrucción. Taylor dijo:

Aquí no indica que Dios se propone deliberadamente hacer tropezar al justo y hacerlo estrellarse contra el suelo, sino que Él deja oportunidades para el pecado en los senderos de los hombres, de modo que si el corazón de ellos está empeñado en el pecado, ellos puedan hacerlo y de este modo ganar su condenación. No tiene sentido la idea de que el tropiezo sea inevitable: siempre implica libre albedrío, y siempre estuvo la palabra de amonestación del atalaya para señalar dónde y cuáles fueron los tropiezos.¹²

La doctrina de la imposibilidad de la apostasía no es bíblica, ni en relación con el Antiguo Testamento ni en relación con el Nuevo Testamento. Dios permite que la gente funcione con libre albedrío. Aun aquellos que una vez fueron considerados «justos» por Dios pueden tomar la decisión de dejar esa condición de justos al hacer **maldad**.¹³

Versículo 21. Se describe el mejor resultado posible: el «**justo [...] vivirá, porque fue amonestado**». Esta es la razón por la que los predicadores predicán. Ellos siempre esperan que el evangelio caiga en buena tierra, de modo que algunos respondan y vivan fielmente.

Por toda esta sección, se ha recalcado la idea de *responsabilidad individual*. Como se hizo notar en la introducción, esta es una idea clave del libro. Aunque las personas a veces culpan a otros de su destino (vea cap. 18), está claro que cada uno, en particular, dará cuenta de sus decisiones.

Note las cuatro situaciones potenciales en que pueden verse envueltos los atalayas:

1. Los atalayas no aciertan a cumplir con su deber (vers.º 18).
2. Los atalayas dan la amonestación, pero no hay respuesta positiva (vers.º 19).
3. Los atalayas no aciertan a amonestar a los que se han apartado (vers.º 20).
4. Los atalayas amonestan al justo que se ha apartado, y este hace caso a la amonestación (vers.º 21).

Hay cuatro resultados correspondientes para los atalayas y los oidores:

1. Los atalayas se pierden, y los impíos se pierden.
2. Los atalayas se salvan, y los impíos se pierden.
3. Los atalayas se pierden, y los justos que se hicieron impíos se pierden.
4. Los atalayas se salvan, y los oidores justos se salvan.

«Enciértrate» (3.22–27)

3.22–24

²²Vino allí la mano de Jehová sobre mí, y me dijo: Levántate, y sal al campo, y allí hablaré contigo. ²³Y me levanté y salí al campo; y he aquí que allí estaba la gloria de Jehová, como la gloria que había visto junto al río Quebar; y me postré sobre mi rostro. ²⁴Entonces entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies, y me habló, y me dijo: Entra, y enciértrate dentro de tu casa.

Versículo 22. Después de ver la condición de impiedad del pueblo y de la necesidad de un testigo fiel, Ezequiel fue llamado a salir para «pensarlo». Una vez más, vio «la gloria de Jehová». Albert Barnes resumió esta experiencia al escribir:

Una renovada revelación de la gloria de Jehová, para imprimir en Ezequiel otra característica de su misión. Ahora debía aprender que hay *tiempo de callar* así como *tiempo de hablar*, y que los dos son señalados por Dios. Esto representa de modo convincente el carácter autoritativo y el origen Divino de las expresiones de los profetas hebreos.¹⁴

Versículo 23. Este versículo no da cuenta de la misma visión del capítulo 1, sino que relata una visión parecida. Pareciera que no es más que una «mini-visión». No obstante, Ezequiel respondió de un modo parecido: «[se postró sobre su] **rostro**». Ver la gloria de Jehová una segunda vez, no aminoró lo reverencial del evento. La visión todavía fue suficiente para debilitar y hacer humilde al reverente profeta.

Versículo 24. Después de la visión, parece que Dios envió a Ezequiel a su propia casa para que comenzara la primera de las lecciones que Él deseaba enseñarle al profeta. Le dijo: «... **enciértrate dentro de tu casa**». El Espíritu entró en él y así le mandó. Encerrarse era simbolismo de la atadura que Ezequiel soportaría.

3.25–27

²⁵Y tú, oh hijo de hombre, he aquí que pondrán

¹² Taylor, 71–72.

¹³ Vea Hebreos 3.12–15; Gálatas 6.1; Santiago 5.19–20; ^{2º} Pedro 1.9–10; Apocalipsis 2.5, 16, 21; 3.3, 19.

¹⁴ Barnes, 314.

sobre ti cuerdas, y con ellas te ligarán, y no saldrás entre ellos. ²⁶Y haré que se pegue tu lengua a tu paladar, y estarás mudo, y no serás a ellos varón que reprende; porque son casa rebelde. ²⁷Mas cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca, y les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor: El que oye, oiga; y el que no quiera oír, no oiga; porque casa rebelde son.

Versículo 25. La aseveración en el sentido de que «[pondrían sobre él] **ligaduras**» podría interpretarse tanto en el sentido literal como el figurado. No hay dato en el sentido de que Ezequiel fuera reducido físicamente a la inmovilidad, y una aplicación figurada significaría que a Ezequiel se le impidió dar a conocer su mensaje. Jesús no llevó a cabo portentosos milagros en Su propia tierra debido a la incredulidad del pueblo (Marcos 6.5–6). De hecho, ataron las manos de Jesús. Esto puede ser lo que sucedió a Ezequiel. Otros interpretan esta ligadura como una ilustración perfecta de la obstinación y la rebeldía del pueblo. Se oponían tan rotundamente al mensaje, que ellos recurrirían a medidas extremas, que incluían atar al mensajero. Al estar atado, Ezequiel no podría «[salir] **entre ellos**». Como resultado de esto, los que buscaban un mensaje de Dios tendrían que venir a Ezequiel (vea 8.1; 14.1–2; 20.1).

Versículo 26. Al profeta también se le dijo que estaría **mudo**. El propósito de este silencio era impedir que Ezequiel fuera para ellos **varón que reprende**.

Es mucho más satisfactorio y realista entender esto como una mudez ritual, o como una renuencia ordenada por Dios, a hacer expresiones públicas, a menos que se hicieran bajo el impulso directo de la palabra de Dios. A partir de ese momento, Ezequiel no debía ser conocido de otro modo más que como portavoz de Yahvé. Cuando él hablaba, era por que Dios tenía algo que decir; cuando callaba, era porque Dios callaba.¹⁵

El pueblo haría callar a Ezequiel, al cerrar sus pensamientos al mensaje (porque eran casa rebelde). Dios, a la vez, haría callar al profeta, al no permitirle que hablara por un tiempo. No obstante, Dios dijo que el silencio de Ezequiel no duraría por siempre (24.27; 33.22). Había de ser liberado de este después que las noticias de la destrucción de Jerusalén, llegaran a Babilonia (vea 29.21).

Según Alexander, la «mudez» de Ezequiel duró aproximadamente siete años y medio, hasta la caída de Jerusalén (vea fechas en 1.1–3; 33.21–22). No obstante, él dijo que el profeta presentó varios

mensajes orales en el transcurso de ese período (vea 11.25; 14.1; 20.1). Este concepto de mudez, por lo tanto, no consistió en una total carencia de habla durante todos los siete años y medio. Antes, lo que a Ezequiel se le impidió, fue hablar en público en medio del pueblo, lo cual contrastaba con el acostumbrado ministerio vocal de los profetas. Los profetas por lo general se movilizaban en medio de su pueblo, hablando el mensaje de Dios, a medida que observaban la situación contemporánea. Ezequiel siguió en su hogar, excepto cuando dramatizaba el mensaje de Dios (vea 4.1–5.17).¹⁶

Cuando Jerusalén fue destruida, esto fue prueba de que Ezequiel estaba predicando la verdad. La vindicación que él sintió podría haber sido la razón por la que Dios abrió su boca. Al perderse las esperanzas del pueblo en el sentido de que habría un pronto regreso a Jerusalén, y al darse cuenta ellos de que se había realizado el castigo por el pecado, a Ezequiel se le dio una comisión diferente: dar un mensaje de esperanza y restauración.

Versículo 27. Una vez más, el mensaje de Ezequiel había de ser **Así ha dicho Jehová el Señor**. Dios recalcó que Ezequiel estaría hablando las palabras de Dios y no las suyas; tendría la oportunidad de expresar las palabras, solamente cuando Dios estuviera preparado para «[abrir su] **boca**». Cuando él hablara, algunos oírían y otros «[no iban a querer] **oír**», porque **casa rebelde** eran. No obstante, el no querer oír, no significaba que Ezequiel debía dejar de predicar. Sin embargo, se trataba de oyentes que le habían excluido.

APLICACIÓN

Nuestra responsabilidad para con Dios

Dios desea que seamos fieles a Él y que usemos los dones que Él nos ha dado. En la parábola de los talentos (que se refiere al dinero), el criterio para ser fiel no era cuánto dinero se tenía al comienzo, ni cuánto dinero se hacía, sino el hecho de *hacer algo* con él (Mateo 25.14–29; vea Proverbios 24.30–34).

El concepto de atalaya se aplica a todos nosotros. Con un mayor conocimiento viene asociada una mayor responsabilidad (Mateo 13.10–12; Santiago 3.1). Tenemos la obligación de alertar a nuestros familiares en cuanto a los peligros del pecado (vea Gálatas 6.1).

Por más difícil que sea ser fiel, Dios nos preparará adecuadamente para realizar nuestra tarea (vers.º 8). No podremos tener éxito si no

¹⁵ Taylor, 74.

¹⁶ Alexander, 767.

somos llenos de Su Palabra.

Si no hubiera habido problemas entre Dios y la humanidad, no hubiera habido necesidad de profetas. Hoy, un predicador ha de tratar de resolver los problemas en la relación Dios-hombre. Es poco realista esperar que la iglesia no tenga problemas. Un predicador debe abordar su obra con la idea de que habrá algunas dificultades. La tarea de ministrar incluye ayudar a reparar relaciones interpersonales que se han roto, fortalecer la fe de los débiles, y reunificar a las personas con Dios (vea 2ª Timoteo 2.24–26).

El predicador debe estar tan determinado a predicar la verdad como la gente está determinada a rechazarla.

Todas las personas tienen la responsabilidad de ser receptivas a la verdad y estar dispuestos a aprender de ella.

Denny Petrillo

¿Condenará Dios a los que jamás oyeron? (3.17–21)

Ezequiel 3.17–21 necesita considerarse cuidadosamente. Una pregunta debe hacerse: «¿Cómo puede Dios condenar a una persona que no recibió la amonestación?». La pregunta da por sentado que la persona jamás recibió advertencia *alguna*, lo cual no está explícito en este pasaje. Dios estaba tratando aquí con la posibilidad de que *Ezequiel* no cumpliera el encargo (vers.º 18). No es una verdad bíblica que en el Día del Juicio va a haber gente que dirá: «Si tan solo me hubieras predicado el evangelio, yo hubiera sido salvo. Como no me lo predicaste, estoy perdido». Esto lleva implícita la idea de que, si se le hubiera dado la oportunidad, la persona *hubiera* obedecido. Pero no necesariamente es así. Dios desea que *todos* sean salvos (1ª Timoteo 2.4). Sabemos que Él es paciente con la gente, al darles tiempo para que pongan sus vidas a derecho (2ª Pedro 3.9). A la luz de estos pasajes, bien podría decirse que en el Día del Juicio no habrá nadie que le pregunte a Dios, diciendo: «Si yo hubiera vivido un año más, ¿me hubiera arrepentido?», y que reciba como respuesta: «Sí, te hubieras arrepentido, pero Jesús vino antes de que tuvieras esa oportunidad».

Jesús ha prometido que los que buscan la verdad, la encontrarán (Mateo 7.7–8). En el Día del Juicio no habrá personas que habiendo sido sinceros buscadores de la verdad, jamás recibieron la oportunidad de oír y obedecer la verdad. Una vez más, se presenta el argumento de la persona que vive en lo «más remoto del África», muy apartada del resto de la humanidad. ¿Cómo puede

responsabilizarla Dios del evangelio?

Note con detenimiento 2ª Tesalonicenses 1.7–9:

... el Señor Jesús se revelará y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecieron al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder...

Dios dará retribución a) a los que no conocen a Dios y b) a los que no obedecen el evangelio de Cristo. Todas las personas, que han vivido posteriormente a la cruz será juzgadas por el evangelio. Si existiera la posibilidad de que alguien se salvara sin oír el evangelio ni obedecerlo, entonces, ¿por qué apremió Cristo a Sus seguidores en el sentido de «[ir] por todo el mundo y [predicar] el evangelio a toda criatura» (Marcos 16.15)? Los que no han sido enseñados *no* serán salvos en su ignorancia (Hechos 17.30–31).

Considere este escenario: Una persona que vive en un lugar remoto de la tierra llega a entender «las cosas invisibles de [Dios], su eterno poder y deidad» por medio de las maravillas de la creación (Romanos 1.20). Él desea conocer más acerca de este Dios que hizo el mundo. Dios, en Su providencia, provee un mensajero para que le dé a conocer la verdad a este buscador de la verdad.

Se esperaba que Ezequiel fuera un atalaya fiel. Si no lo era, pagaría las consecuencias por desobedecer el llamado de Dios. Aunque no se diga nada más, es lógico suponer que Dios hubiera levantado otro atalaya, un atalaya fiel. Debe de ser que Dios opera dentro de los límites de Su voluntad para dar a todo ser humano de corazón sincero una oportunidad para obedecer Su evangelio.

Denny Petrillo

El profeta «obstinado» (3.8)

Cuando Dios preparaba a Ezequiel para que predicara entre los cautivos, Él le advirtió que el pueblo no escucharía. Le dijo al profeta: «He aquí yo he hecho tu rostro fuerte [obstinado] contra los rostros de ellos, y tu frente contra sus frentes» (3.8). Este texto nos ayuda a entender cómo un creyente «obstinado» puede ser aceptado, e incluso elogiado por Dios. El carácter del profeta desafía a los cristianos de hoy, a ser elogiados por Dios como creyentes «obstinados». Ezequiel tenía que ser «obstinado», de modo que no aceptara nada más que toda la verdad de Dios, sin contaminación alguna.

Compasión. Esto fue lo que en efecto dijo

Ezequiel: «me senté donde estaban ellos sentados» (vea 3.15). El mensaje del profeta era de juicio y retribución; su rostro debía ponerse contra el pueblo de corazón endurecido. Antes de dar a conocer su mensaje, no obstante, él se «sentó» con ellos durante varios días. Durante este período él pudo entender las vidas de sus oyentes. Esto le sirvió cuando presentó la verdad de Dios.

Hay quienes creen que «obstinado» significa carente de compasión. Cuando un cristino rehúsa hacer concesiones, se le considera poco amoroso. Ezequiel demostró que esto no es necesariamente así. Cuando uno posee compasión para con otro, no permitirá que él haga mal y se exponga a un daño.

Dedicación a la voluntad de Dios. Debemos ser «obstinados» en nuestra lealtad a Dios. A Él debe temerse más que a los hombres.

Una de las cualidades más admirables de este profeta «obstinado» era su dedicación a Dios. Una ilustración de esta aseveración se observa cuando murió la esposa de Ezequiel (24.16–18). En el cuarto año de su ministerio, su esposa murió repentinamente; pero la dedicación de Ezequiel lo llevó a hacer exactamente como Dios mandó. Una profunda convicción en el sentido de que las Escrituras enseñan verdad y de que, por lo tanto, uno debe seguir las Escrituras, nos hará «obstinados» como Ezequiel.

En el tumulto de terribles situaciones en que se vio envuelto el profeta «obstinado», él fue capaz de soportar, porque estaba dedicado a la voluntad de Dios. Cuando la vida se desmorona y surgen situaciones aparentemente insostenibles, tal devoción nos capacita para perseverar.

Obediencia a la voluntad de Dios. Una aseveración digna de elogio fue hecha por Ezequiel en 24.18c: «... hice como me fue mandado». Ezequiel había resuelto obedecer a Dios el Señor, pasara lo que pasara.

¡Qué admirable propósito a ser imitado! ¿Cuán resueltos estamos nosotros a obedecer a Dios? ¿Permitimos nosotros que las situaciones de la vida sean las que determinen cuán obedientes seremos a la voluntad de Dios? Un creyente «obstinado» tendrá como la más alta prioridad de su vida la obediencia a la Palabra de Dios.

Respeto por el Todopoderoso. La visión del capítulo 1 presentó la gloria de Jehová Dios. Esta visión dejó una marca indeleble en Ezequiel. Él recordaría siempre las tranquilizadoras verdades que esta visión le enseñó acerca de Dios: Su santa majestad y gloria, Su reinado soberano, Su actividad en la historia. El entendimiento que tenía Ezequiel del Todopoderoso, era lo que le animaba a ser

«obstinado» en asuntos religiosos. Un Dios como el que se presentaba en esta visión debía ser reverenciado y obedecido. ¡Solo un necio osaría rechazar un Dios así!

Confianza en el futuro. Ezequiel 33—48 contiene certezas para el futuro. Dios daría una gran ciudad, un gran templo, un gran río de vida a los que siguieran Su palabra. ¡Solo los que mantienen la pureza en sus prácticas religiosas, pueden participar de las bendiciones eternas de Dios!

Conclusión. Los que entienden las maravillosas bendiciones de la eternidad serán partícipes de la naturaleza «obstinada» de Ezequiel. Ellos no contaminarán las promesas eternas de Dios por medio de hacer concesiones de la verdad. Ellos confrontarán y rebatirán a los que tratan de servir a Dios sin plena dedicación.

John L. Kachelman, Jr.

El amor de Dios (2—3)

La profecía de Ezequiel proclama el gran amor de Yahvé. Por toda la profecía, Dios instó al pueblo a volverse a Él. En los primeros capítulos se encuentra una maravillosa ilustración del tierno cuidado de Dios por los hombres que se extravían. Los capítulos 2 y 3 presentan tres verdades acerca del gran amor de Dios.

Su amor pide una respuesta (2.1). Dios llamó a Ezequiel a ir a enseñar la verdad. Dios desea que todas las personas oigan, entiendan, obedezcan y vivan fielmente de conformidad con Sus mandamientos. Este Dios amoroso todavía pide una respuesta de la voluntad al mensaje de perdón y vida (3.6b, 19, 21). Él todavía pide respuestas a Su oferta de salvación.

Su amor envía (2.3; 3.16–17). Ezequiel había de «ir»; el profeta fue «enviado» (3.4–5). ¿Por qué? Para que la bondadosa oferta de vida que hacía Dios, fuera aceptada, el mensaje tenía que ser oído. Sobre Ezequiel se había cargado la responsabilidad de ir y hablar acerca del amor de Dios, aun si los oyentes no respondían (3.4–7). Dios todavía nos envía hoy a proclamar Su verdad a todos los que están en pecado.

Su amor salva (3.21). Los que oían, creían y obedecían, eran salvos. Muchos en nuestro mundo anhelan oír y obedecer los mandamientos de Dios. Dios todavía salva a los que obedecen.

Este pasaje antiguotestamentario ilustra maravillosamente la «mejor esperanza» de salvación que se ofrece en el Nuevo Testamento (vea Hebreos 7.19). El gran amor de Dios provee para todos un plan de salvación (Marcos 16.15–16). Su amor pide a los que anhelan oír, que crean, confiesen, se

arrepientan y sean sumergidos para el perdón de los pecados (Romanos 10.17; Hechos 3.19; 2.38).

Dios ha concedido a cada uno de nosotros el derecho y la responsabilidad de elegir cómo responder. Ezequiel 3.27 dice: «... El que oye, oiga; y el que no quiere oír, no oiga...». ¿Cómo ha respondido usted al gran amor de Dios?

John L. Kachelman, Jr.

El deber del atalaya (3.17–21)

El deber del atalaya es para con el impío (3.17–19).

Los impíos pueden volverse de sus pecados y ser salvos. Dios está dispuesto a perdonar y a salvar a tal persona. A los cristianos se les ha comisionado velar por los que están en pecado y amonestarlos.

El deber del atalaya es para con el justo (3.20–21).

La posibilidad de que una persona justa se aparte de su justicia y cometa pecado de muerte *es* real. Tristemente, ninguna de sus obras justas será recordada en el Día del Juicio. Será juzgado como una persona impía, no como una justa. Los cristianos han de velar por el bienestar de unos y otros y de amonestar a los hermanos que estén en pecado.¹⁷

El deber del atalaya es para consigo mismo (3.18–21). Si él amonesta, él vive; si no amonesta, se le demandará su sangre.

Eddie Cloer

¹⁷ *Teacher's Annual Lesson Commentary (Comentario Anual de Lecciones del Maestro)*, Gospel Advocate Series (Nashville: Gospel Advocate Co., 1957), 128–30.